

Barrousse ató una cuerda al pie de un árbol, se la sujetó luego por la cintura, lanzándose decidido al fondo de la sima.

Cuando volvió, conducía dos cadáveres estrechamente enlazados.

El cuerpo de Benedetta, rodeado aun de las hierbas que le habían sujetado, tenía en la mano derecha un puñado de raíces á las que se había agarrado desesperadamente.

Juan Dantenac había tratado inútilmente de romper aquellos lazos mortales, y al no poder dar la vida á su amada, había muerto con ella.

## XXVI

### Pesadilla.

En los jardines del Casino de Luchón, una multitud formada por tipos de todas las procedencias, rodeaba el kiosko japonés donde los músicos tocaban una fantasía sobre temas de *Carmen*.

Todo lo que había en Luchón de riqueza y elegancia, de turistas en busca de placeres y de jóvenes dudosas en busca de aventuras, estaba allí.

Se murmuraba al compás de la célebre habanera.

Se hablaba de política, tarareando la canción del *Toreador*.

La hermosa fachada de mármol del Casino, presidía aquella fiesta nocturna, cortando con sus puras líneas la obscuri-

dad del cielo, sumergido en profundas tinieblas.

Jacobo Mosés y su amigo Caussedé estaban sentados á alguna distancia del kiosko, ante un velador sobre el que había dos grandes vasos, una ponchera y una botella que contenía un licor rojo.

Aquel licor era sherry.

Jacobo Mosés, cansado del viaje de Burdeos á Luchón, y de la excursión que aquel mismo día había hecho al valle de Lis, para subir á una salvaje elevación desde la que se dominaba un abismo siniestro, estaba medio dormido, deseando retirarse, y displicentemente murmuraba frases de este género:

—¿Por qué demonio habremos venido á este pueblacho? Nos aburriremos soberanamente.

O esto otro:

—Vaya una ocurrencia la de ir á ese valle de Lis, que no tiene nada de particular... ¡Subir por un sendero de cabras para encontrarse luego con una cascada ridícula! Es curioso. ¡Que el agua cae de lo alto! Lo que sería extraño es que subiera. ¡Que el diablo me lleve si vuelvo á poner los pies allí!

Mientras tanto, el bearnés, aprovechando un momento en que su compañero le volvía la espalda, sacudió en su vaso un papel que contenía unos polvos blancos.

Aquello no produjo en el sherry más que una casi imperceptible ebullición, que se disipó en un segundo.

Jacobo Mosés dijo con más energía:

—Pero qué, ¿nos vamos á estar aquí toda la noche?

Caussedé se llevó el vaso á los labios, diciendo:

—Yo no tengo prisa. Hace mucho calor, y dentro de las habitaciones nos ahogáramos.

El hombre es un animal dotado de un pronunciado espíritu de imitación.

Jacobo Mosés cogió su vaso y lo vació de un trago.

Un suspiro de satisfacción se escapó de los labios del bearnés.

Esperó algunos minutos y llamó en el velador con una pieza de cinco francos.

Precisamente en aquel momento la orquesta preludiaba un vals delicioso.

Era el ritmo preferido de Jacobo Mosés.

Esperó pacientemente el final, y entonces se levantó, acometido de un deseo de dormir irresistible.

Sin embargo, triunfó de su pesadez, y apoyado en el brazo de su inseparable, pudo llegar hasta el hotel y subir á su habitación.

Lagrippe, de acuerdo con el bearnés, había conseguido que todos los criados estuvieran ausentes, como el día del rapto de Benedetta.

En la puerta de su habitación, Jacobo Mosés detuvo á su amigo.

—Oye—le dijo con la lengua torpe,—no sé lo que me pasa; nunca he sufrido

cosa semejante; parece que voy á dormirme estando de pie.

Caussedé sonrió.

—La fatiga—dijo.

Jacobo se dejó caer en un gran sillón, diciendo con los ojos medio cerrados:

—Es extraño; parece un ataque de parálisis.

El marqués se sentó enfrente de él y esperó un momento.

—¿No te duele nada?—preguntó con interés.

—Nada.

—Eso es lo principal.

Jacobo Mosés hizo un esfuerzo y tendió la mano hacia el cordón de la campanilla.

—¿Vas á llamar?—dijo Caussedé.

—Sin duda.

—¿Para qué? Es inútil. Tus criados no están aquí.

—¡Nunca se ha visto cosa semejante! Mañana despido á media docena.

—No te incomodes, que no vale la pena. Además, tengo que decírtelo todo. He sido yo quien les ha dado permiso.

—¡Tú!

—Con el fin de tener contigo esta conversación y pedirte algunas explicaciones.

—¡Explicaciones entre nosotros! ¿Para qué?

—Hace mucho tiempo que lo deseo.

—Demonio, ¿tienes algo que decirme?

—Sí.

—¿Es interesante?

—Palpitante, de interés,

—Pues bien, amigo mío, lo dejaremos para mañana, porque hoy no puedo escucharte. ¡Buenas noches!

No estaba borracho; pero sin embargo, Jacobo Mosés ofrecía todos los síntomas de la borrachera.

Las palabras apenas podían salir de su boca; su cabeza se movía á derecha é izquierda y sus labios se cerraban como para rechazar una cosa amarga.

Sin duda Causседé creyó que ya había llegado al punto que deseaba, porque cesó de contenerse, y cogiéndole por uno de los brazos le movió vigorosamente para despertar su atención.

—¡Eh!...—dijo Jacobo Mosés.

—Escucha.

—Déjame en paz.

—¿Crees que soy tu amigo?

—Un compañero, sí; amigos... ¿quién los tiene?

—¡Gracias á Dios! En tu vida has dicho semejante verdad. Pues bien, yo tampoco soy amigo tuyo... ¡Yo te odio!

Aquellas palabras fueron pronunciadas tranquilamente, sin cólera.

Jacobo Mosés abrió los ojos, atontado.

—¿Qué dices?—preguntó.

—Digo que soy tu mayor enemigo, que te desprecio como al lodo de mis zapatos, y voy á aplastarte como á una víbora ó un escorpión, en medio de un camino.

—Eso es una broma de mal género—dijo Jacobo Mosés, animándose.

—No.

—Entonces, ¿voy á ser aplastado, así... tranquilamente?...

—Así lo espero.

—¿Por quién?

—Por un hombre que tú has engañado, tratado de asesinar, y por último, hecho asesinar á manos de un bribón, y á quien por lo tanto todo está permitido contra ti. Jacobo Mosés dormía, puede decirse; estaba atontado; pero reuniendo con un último esfuerzo su razón, dijo quejándose:

—¡Eso es una traición!

Causседé se echó á reir.

—Te parece así—dijo.—Es muy posible. En todo caso, es una represalia legítima. En cuestión de traiciones, eres un maestro... Acuérdate... hace de esto mucho tiempo... Yo quería á una mujer... la quería locamente, como se quiere á los veinte años...

—¡Florencia!

—¡Ah! ¡Te acuerdas!... Sí, Florencia. Tuvo la desgracia de agradarte. Era ambiciosa; el nombre de Mosés la trastornaba. Veía por delante un porvenir dorado. Tú no preguntaste si pertenecía á un amigo ó á un extraño. Me la robaste. Pero ha llegado el día de la venganza. Tú, que has asesinado á Pedro Dantenac, despues de ultrajarle con tu misma hermana. Sábelo, porque Matilde era tu hermana, vas

ahora á comparecer ante tus jueces, y yo que que estoy enamorado de tu mujer y soy correspondido, la tomaré después de tu muerte.

Jacobo Mosés oía todavía al marqués, pero como en un sueño.

Sus ojos entreabiertos le miraban, expresando un terror estúpido, el terror de la bestia cogida en el lazo; pero no podía articular una palabra.

Caussedé prosiguió:

—Tu digno padre hizo dormir á Benedetto Subere para ultrajarla; yo te he hecho dormir á tí para entregarte á los que te han de castigar. ¡Es la pena de Talió! ¡Llama á tu socorro! ¡Ofrece cientos de miles de francos, como has entregado al odioso Brichard para que asesinara á Dantenac, que, sin embargo, es el que va á castigarte.

Jacobo Mosés apretaba los dientes.

Hizo un esfuerzo para librarse del sueño de plomo que le aplanaba, pero fué en vano.

Caussedé le miraba con desdeñosa compasión.

—Hagas lo que quieras—le dijo—estás cogido. Es la morfina lo que te sujeta. El veneno que ha matado á Matilde y á tu hijo, ¡el hijo del incesto! El mismo veneno es el que vende al amigo falso y sin honor, al asesino, al marido infel, al cobarde, al corruptor y al bandido, que no otra cosa eres.

Las pupilas de Jacobo Mosés se agita-

ron. Sus labios trataron de abrirse; pero aquel fué su último esfuerzo.

Permaneció inmóvil.

El veneno había producido su efecto.

El bearnés se levantó.

Cogió un brazo de Jacobo Mosés y le sacudió con fuerza. El brazo cayó pesadamente. Le llamó gritando al oído, y no se movió.

Caussedé le contempló un momento con indecible expresión de desprecio.

El reloj dejó oír las once.

En aquel momento Lagrippe entreabrió la puerta.

—¿Qué hay?—preguntó.

—Está hecho.

—Un despacho para usted — dijo el criado — y otro para el señor barón.

—Démelos.

Los dos telegramas eran de la joven baronesa, Elena de Villedieu.

El dirigido á Caussedé decía:

«Raquel se muere y quiere verte. Ven.»

El otro despacho debía contener, evidentemente, el mismo ruego, porque venía del mismo sitio y estaba expedido á la misma hora.

Caussedé no le abrió.

Añadió algunas palabras á una carta ya preparada, y se asomó al balcón que se abría sobre la avenida de la Pique, escuchando atentamente.

—Todavía nada—murmuró.

Pero muy pronto oyó á lo lejos el trote rápido de dos caballos, cuyas herradu-

ras golpeaban el suelo enérgicamente.

—Son ellos—dijo al ayuda de cámara.—He pedido á usted un servicio. Ha llegado el momento.

—Mande usted.

Apoyaron una escala en el balcón.

Los dos hombres cogieron á Jacobo Mosés y le bajaron hasta el jardín.

Una vez allí, le condujeron hasta la avenida de la Pique y le dejaron sobre un banco.

El asesino permaneció inerte como un cadáver.

En aquel momento llegó el carruaje que había oído Caussedé.

Uno de los hombres que venían en el pescante bajó sin decir una palabra.

El marqués le entregó dos papeles.

Uno de ellos era el telegrama que había llegado para el barón. El otro una carta con estas palabras en el sobre:

«Para el señor Pedro Dantenac.»

Señaló el banco donde estaba Jacobo Mosés, sin movimiento, y seguido por Lagrippe, que contemplaba aquella escena con el mayor asombro, volvió al hotel, de donde nadie les había visto salir.

Un minuto después, el carruaje con los dos caballos emprendía de nuevo su camino hacia el establecimiento de baños y el viejo Luchón.

El bearnés bajó de nuevo á la avenida de la Pique, como para respirar el aire fresco de la noche.

En el banco no había nadie.

La avenida estaba de nuevo silenciosa y desierta.

## XXVII

### ¡Visión!

Para explicar los hechos que siguen, hay precisión de volver atrás algunos instantes.

El viejo Mosés se dirigía á Marignac á esperar á la infeliz Benedetta.

El carruaje que le llevaba hacía honor á su dueño.

Arros entendía el oficio, y como había dicho Estagnou, tenía una cuadra de primera.

Sus caballos, delgados y nerviosos, tenían músculos de acero y alargaban el trote maravillosamente.

Además el camino era favorable.

De Luchón á Marignac, la carretera sigue por las orillas de la Pique hasta su encuentro con el Garona.

Arros, envuelto en un buen abrigo, había tomado sus precauciones para una noche de viaje.

El antiguo pobrete había llegado á ser un personaje entre los demás cocheros, asombrados de su rápida fortuna, á la que atribuían los más fantásticos orígenes.

Así y todo, no cedía su puesto á nadie cuando se trataba de conducir al Creso á quien debía su fortuna, ó mejor dicho, su riqueza.